

067. Santo Domingo de Guzmán

Entre los Santos que desfilan ante nuestros ojos, nos toca contemplar hoy a un verdadero gigante: Domingo de Guzmán, que ha tenido en la Iglesia una influencia extraordinaria.

Dicen que la madre de Domingo tuvo una visión extraña cuando estaba embarazada de este niño que iba a ser un prodigio de santidad y de apostolado. Antes de dar a luz, vio a aquel su hijito que se convertía en un cachorro de fiera, con una tea encendida en la boca, y recorría el mundo incendiándolo todo...

Noble castellano, de familia guerrera, hubiera sido en el siglo trece uno de los grandes combatientes contra la morería que assolaba España. Pero Dios lo quiso batallador de otras guerras: la que libraba toda la cristiandad frente a los herejes que infestaban la Francia y la Italia de su tiempo, a la vez que sería, junto con Francisco de Asís, el gran reformador de las costumbres cristianas.

Antes de ser el gran predicador, misionero y fundador, Domingo es un sacerdote canónigo, doctor y profesor. Todos ven con horror cómo el hambre se ha echado sobre la ciudad de Palencia. La gente se muere porque no tiene qué comer. Y Domingo, el sacerdote doctor, vende sus libros —que entonces, antes de la imprenta, eran muy caros pues había que copiarlos o hacerlos copiar—, y dice resuelto: *-¿Cómo estudio yo en pergaminos, pieles muertas, cuando mis hermanos se mueren en carne viva?...*

Cunde el ejemplo, y la ciudad entera se vuelca con todo su dinero para socorrer a los pobres de Cristo.

En un viaje que por orden del rey emprende como legado a Dinamarca, atraviesa Francia, Alemania y norte de Italia, y comprueba con horror los estragos que está haciendo la herejía.

Eran muchos los que apostaban de la Iglesia Católica para darse a unas sectas, englobadas en la de los albigenses, de doctrinas y costumbres fatales. Es entonces cuando el Papa, los Obispos, los reyes cristianos y católicos, quieren emprender una cruzada a sangre y fuego. Pero Domingo dice resuelto:

- ¡No! No es así como hay que proceder. El ejemplo y el testimonio son las únicas armas que debemos emplear.

Y comienza por sí mismo a practicar lo que predicaba. En medio de aquella guerra por motivos religiosos, se retira con un grupo de discípulos a un convento, mientras que otra comunidad de mujeres, por él convertidas, oran en otro convento por la paz y el retorno de los herejes.

Aparte de la guerra, se emprende también una gran misión, en la que Domingo va a cambiar todos los sistemas de predicación entonces usados. La verdad de Dios, la pobreza, la penitencia y la oración continua van a ser los medios de que se valdrán este reformador y sus hermanos.

Doctrina, ante todo. Porque el pueblo está hambriento de la verdad de Dios. Por eso, Domingo hace que sus discípulos y compañeros estudien, vayan a las universidades, salgan doctores, y con un bagaje rico de doctrina, se conviertan en predicadores formidables de la fe. La Orden religiosa que fundará Domingo se llamará así: *Orden de Predicadores*.

Domingo une a la ciencia divina un espíritu de penitencia extraordinario. Su pobre túnica blanca no se la quita para rezar aunque llegue empapada por el agua de la lluvia y por más frío que haga. No duerme nunca en la cama, sino en el frío suelo. Camina siempre descalzo, y sólo cuando ha de entrar en la ciudad se pone las sandalias que lleva colgadas al cuello...

Un hereje enemigo suyo, que sabe esta penitencia, se quiere vengar de él, y se le ofrece como guía para un lugar desconocido del Santo. Domingo le agradece aquel servicio hipócrita, sin sospechar la mala intención. El guía lo lleva expresamente por un camino lleno de piedras cortantes y de malezas. Domingo llega con los pies destrozados..., pero el hereje, que quiso reírse y vengarse, se convierte y regresa a la Iglesia Católica como manso corderito.

Domingo oraba mucho. Y su oración se fundaba siempre y se alimentaba de la Palabra de Dios. En la *Biblia* encontraba Santo Domingo sus delicias. Hoy, cuando se nos mete cada vez más la afición a la *Lectura Divina*, podríamos mirarnos en Domingo como en un ejemplo eximio. Un discípulo suyo lo expiaba cuando leía la Biblia creyéndose solo, y nos lo describe de manera deliciosa:

* Domingo se sentaba, hacía la señal de la cruz, leía y su alma sentía una dulce emoción. Como si estuviera discutiendo con un compañero, no podía contener sus palabras, y escuchaba apaciblemente o discutía y luchaba. Se le veía reír y llorar sucesivamente, mirar fijamente y bajar los ojos, y luego hablar en voz baja consigo mismo y golpearse el pecho. Pasaba de la lectura a la súplica y de la súplica a la oración y contemplación. Y mientras leía de este modo estando solo, veneraba el libro e inclinándose sobre él lo besaba con amor, sobre todo cuando se trataba de los Evangelios y él había leído las palabras que Jesús se dignaba pronunciar por su boca.

Así leía Domingo la Biblia, y su oración era continua. Es un dicho célebre sobre Domingo *que no hablaba sino con Dios o de Dios*. O rezaba o predicaba, o predicaba o rezaba. Eran sus dos únicas ocupaciones.

Y hacía rezar mucho al pueblo. Las avemarías se sucedían sin cesar. Las contaban, y así, sin darse cuenta casi, nació de Domingo el rezo del santo Rosario, la devoción más entrañable del pueblo cristiano.

Después de siete siglos, Domingo, por medio de los Dominicos, de las incontables Religiosas Dominicanas y de los Terciarios que forman la gran Familia Dominicana, sigue iluminando con la doctrina e incendiando a las gentes con el amor de Dios. Es el cachorro con la tea ardiendo, que aún recorre a campo traviesa el mundo entero...